

# EL CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS.

Periódico de Literatura, Educacion, Teatros, Labores y Modas.

Los Articulos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Cartas á Julia, por doña Angela Grassi.—El Estío [poesía], por don Pedro de Vera.—Subir á la torre [conclusion], por don Antonio Arnao.—Las Catacumbas de Roma, por don E. Hernandez.—Variedades: La caza del cocodrilo, por don E. Blancas.—Labores, por doña Joaquina G. Balmaseda.—Modas, por doña Aurora Perez Miron.—LAMINAS: *Figurin de Modas*, núm. 678.—*Grabado de Labores*.

## INSTRUCCION.

### CARTAS Á JULIA.

XV.



O estrañes que María sea algo filósofa, me dijo la abuela volviendo á su aposento, porque esa es su única instruccion. Aunque la has visto escribir y coser, no hace mas que palos y dobladillos; lo bastante para adquirir el hábito del trabajo y hacerla agradables los juegos de la infancia; pero nada para fatigar su imaginacion. Yo tengo mis ideas, rancias tal vez, pero que creo justas. A mí me parece que lo mas indispensable para ser feliz en el mundo, es tener un cuerpo robusto y un alma buena; así mi primera educacion se limita al cuerpo y al alma, dejando para cuando estos dos estén desarrollados el cuidado de ilustrar la inteligencia.

A cualquiera otra niña ya la hubieran abrumado el entendimiento con un fárrago de conocimientos, que si hay talento se adquieren luego muy pronto, y si no lo hay, á qué tanta molestia? Cualquiera otra niña de su edad ya sabria leer, escribir, contar, algo de dibujo, algo de geografía, algo de historia, y sobre todo, tocar primorosamente el piano, y así como un campo anegado por un riego escesivo y prematuro, cuyos frutos se pudren y se malogran, su tierna imaginacion se hubiera anegado y estinguído en aquel

piélago de nombres y de ideas, que la hubiera sido imposible clasificar y definir. El estudio que yo la enseño no es fatigoso ni difícil: hacerla observar constantemente de dónde dimanen el bien y el mal, hacerla sacar consecuencias morales de cuantos objetos ve en torno suyo, de cuantas acciones se practican delante de ella, dándole una idea exacta de lo que es justo y equitativo, y demostrándole palpablemente la razon que hay, religiosa y social, para que rindamos un culto ferviente á la justicia y á la equidad; enseñarla con el ejemplo palpitante de la naturaleza á amar á Dios y al prójimo; en una palabra, educar su alma para el bien, por medio del ejercicio, que es el mago que produce los mas inconcebibles portentos, y alcanza á unir la tierra con el cielo.

El ejercicio es una gran cosa, hija mia.

Tú ves á una niña que pone sus deditos por primera vez en el piano, y ni tiene fuerza para hacer vibrar las cuerdas ni agilidad para recorrer las teclas; pero deja que se pasen algunos dias, y verás con cuánta precision, con cuánta ligereza toca una sonata. Pues bien, lo mismo sucede ejercitando las cualidades del alma. Y así como una niña encerrada en un cuarto, no podrá competir en la carrera con sus jóvenes amigas, así aquella, cuya sensibilidad no ha sido desenvuelta, por buenos que sean sus instintos, se mostrará siempre tibia é indiferente ante el cuadro de la desolacion ajena.

¡Pero mira qué aberraciones! las madres que ven cuánto tiempo, cuántos esfuerzos, cuántos tormentos cuesta á sus hijas el adquirir la mas insignificante habilidad material, ni siquiera se les ocurre que deban conceder algunos instantes á la educacion del alma.

Se contentan con ensañarlas, de paso y como por

incidencia algunas máximas vulgares, y muchas veces erróneas, y creen que lo han hecho todo.

Las mas cuidadosas de la moral, lo que educan en sus hijos es el interés, es el egoismo, son la vanidad y las malas pasiones; y luego, cuando en vez de hombres se encuentran con fieras, se quejan de Dios y de la naturaleza. ¡Ah, Dios y la naturaleza, me complazco en creerlo, con muy cortas escepciones, aunque hayan puesto en su obra privilegiada el gérmen del bien y el mal, para que fuese libre de escojer su ote, se inclina casi siempre la balanza hácia el primero.

Tú has oido á esa buena anciana: esa es el alma de la naturaleza, el alma tal cual ha salido de las manos de su Creador, pura, inocente, sin doblez y sin falsía, y á la cual no ha arrastrado al abismo, corrompiéndola, el torrente de las opiniones mundanas.

¿Y quién bastardea el alma, Enriqueta? ¡Ah, siento decirlo, pero son las madres! Es verdad que tal vez no son ellas las únicas responsables de esa culpa, trasmitida de siglo en siglo, de generacion en generacion, por los errores de los hombres que se han encargado de estraviarlas por un sendero erizado de espinas y de abrojos, y á cuyo término se hallan la ruina, la degradacion y la muerte!

Pero observo que te sonries, dudando de mis palabras; vamos á analizar el modo como educan las madres las almas de sus hijos, y verás que lo que procuran desarrollar en ellas, luchando á veces con sus buenos instintos, es el frio egoismo, el sórdido interés, la necia vanidad, la hipocresía de las apariencias, y todas las malas pasiones.

Escucha:

—«No hagas esto, que es mal hecho, y te daré un dulce.—Aprende la leccion, y cuando la sepas, te regalaré un hermoso juguete; cuida un instante á tu hermanita enferma, y luego te dejaré que vayas á jugar.»

Esto es lo que las madres repiten á sus hijos, no una vez, sino cien veces al dia. ¿Qué es lo que presentan, pues, incesantemente á su imaginacion infantil? La idea del propio bienestar, cuyo mas ligero sacrificio, es acreedor á una recompensa. Es decir la idea del egoismo y del interés: la monstruosa alianza del yo estúpido, del *dáme y te daré*, que es la degradante bandera del siglo que cruzamos!

¡Ah, desde la edad mas temprana convertimos á nuestros hijos en infames y sórdidos mercaderes, y luego clamaremos contra Dios y la naturaleza, si cuando son hombres venden su honor, su conciencia y los mas puros afectos de su alma!...

Interrumpo esta carta, Julia, porque mi marido vuelve de la caza. No queria revelarte mi secreto antes de tiempo, pero me es imposible callarlo... ¡soy tan dichosa!

Ahora cuando Eduardo llega á casa, lo primero que buscan sus ojos soy yo, mi dulce amiga!

ÁNGELA GRASSI.

## LITERATURA.

### EL ESTÍO.

La llanura de la vega  
Cruza arrogante un mancebo  
Con firme y resuelto paso,  
De polvo y sudor cubierto.  
Tiene la mano callosa,  
Curtido el rostro y moreno,  
El mirar ardiente y vivo,  
Tostado y velloso el pecho:  
A su paso, las serranas  
Le sonríen de contento,  
Porque su presencia alegra  
Las funciones de su pueblo.  
—Quién eres? de dónde vienes?  
Pregúntale un madrileño,  
Que las damas de la córte  
Temen tu abrasado aliento?  
Aun no anuncian tu llegada  
Los alados mensajeros,  
Cuando, errantes golondrinas,  
Huyen á climas mas frescos,  
Pareciendo á su impaciencia  
Los ferro-carriles lentos,  
Hasta que dan en las ondas  
Con sus delicados cuerpos.  
—Soy el Estío, responde  
Con grave calma el viajero:  
Y, en verdad, vuestros poetas  
No andan, á mi ver, muy cuerdos;  
Elevan hasta las nubes  
A mis pobres compañeros  
Y me olvidan: sin lisonja  
Valgo mas que todos ellos.  
Es de ver la Primavera  
Vergonzosa apareciendo  
Al despertar palidita  
En los brazos del Invierno:  
De jazmin el rostro tiene,  
Y en él de violeta un cerco:  
Parece niña ojerosa  
Que sueña con casamiento.  
Mas apenas sus miradas  
Fija en las mias de fuego,  
De rosa son sus mejillas  
De amapola el lábio bello.

No compareis con los míos  
Los placeres del Invierno :  
Son de artificio sus goces  
Como caricias de viejo.

Y el Otoño? brava cosa !  
Se adorna con mis trofeos,  
Cual señor que se enriquece  
Con el sudor del labriego.

Yo soy quien en mies dorada  
La verde espiga convierto,  
La vid maduro, y la oliva  
De jugo precioso lleno.

Yo doy á la flor aroma,  
Calor y vida al insecto,  
Paz y contento á los pobres,  
Y salud á los enfermos.

Las nieves que en la alta cumbre  
En meses tristes cayeron,  
Disuelvo én aguas que puras  
De entre las rocas saliendo

Dan vida á la fuentecilla  
De que nace el arroyuelo  
Que afluye al undoso rio,  
Que á su vez ráudo y soberbio  
Corre á perderse en los mares,

A cuyos seguros puertos  
Van á buscar vuestras damas  
La salud y el refrigerio.

Allí ó en los campos libres  
Donde yo absoluto reino  
Bajo un dosel de verdura ;

En aquel teatro inmenso  
De tan amenos paisajes ,  
Al que señaló el Eterno

Por límites lo infinito,  
Por toda techumbre el cielo,  
Cobran ellas los colores

Que en largas noches perdieron  
A la luz de las bugías

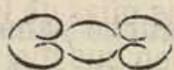
Bajo artesonados techos  
En los angostos recintos  
Que llamais salones régios,

Donde falta aire y espacio  
Para que respire el pecho.

Sin su verano apacible  
Qué triste fuera su invierno!

Y pues que las gentes todas  
Me denominan *Buen tiempo* ,  
Cantad , vates , al Estío ,  
Que da vida al Universo.

PEDRO DE VERA.



## SUBIR Á LA TORRE.

(Boceto de costumbres murcianas.)

[Conclusion.]

Pasados los primeros momentos de asombro, y luego que el observador puede darse cuenta á sí mismo del inesperado panorama que tiene ante sus ojos, los guías que le acompañan suelen darle instrucciones acerca de algunos lugares circunvecinos.

¿ Vé Vd. ese largo camino que semejante á una enorme serpiente se interna en la frondosidad de la huerta? Ese es un espacioso murallon que defiende á la ciudad de las avenidas del Segura, rio que si bien está casi seco en el verano, es muchas veces un torrente desbordado en el invierno. Ese *malecon* es uno de los paseos más bellos que hay en España; porque no recuerda el afán del hombre que pugna por encerrar en reducido cuadro las gracias de la vejetación. En él se presenta por campo, á las ávidas miradas, un dilatado jardín en que, á modestas florecillas, sustituyen el moral, el naranjo y la palmera. Ese paseo es el de los filósofos y enamorados.

¿ Vé Vd. en aquella azulada sierra que se estiende al Mediodía, el blanco edificio que se destaca del fondo oscuro, como una cándida tórtola posada sobre las peñas? Aquel es un rico eremitorio, dentro de cuyos sagrados muros se encierra una joya inestimable para los murcianos, la hermosa imágen de su santa patrona, la Virgen María de la Fuen-Santa. De todos los objetos que pueden entusiasmar verdaderamente á los nacidos á orillas del Segura, ninguno como esta dulce Señora: de todos los espectáculos que se pueden soñar, ninguno mas grandioso y pintoresco que la romería de todo el pueblo cuando sale á recibir en la ciudad, ó va á dejar en su templo, esta venerada imágen.

¿ Vé Vd. aquel otro que resalta igualmente sobre la montaña, entre Levante y Norte, y á cuyos piés se estiende una ciudad? Aquel es el ilustre Colegio de San Miguel de Orihuela, de cuyo seno han salido al mundo hombres eminentes, para los cuales el estudio y la sabiduría habia llegado á ser una segunda naturaleza. La antigua *Orcelís* es la ciudad que yace á sus piés.

¿ Vé Vd. esa enhiesta roca que se eleva en medio de la vega, como un centinela de esta comarca, y en cuya cima se ven restos de almenas hechas por la mano del hombre? Esa roca, llamada el *Castillo de Monteagudo*, fué un tiempo fortaleza romana; despues árabe: hoy es ruina que atestigua lo que fué en mejores tiempos, con las varias antigüedades que continuamente están sacando de su seno los arqueólogos.

Pero mucho habríamos de estendernos, si quiéramos enumerar cuantos objetos notables se ofrecen á la consideracion del viajero que observa desde aquellas alturas. Sólo indicaremos algunas otras, de distinto género, que tambien suelen hacerse sobre lo que hay en deredor.

Como quiera que la torre domina por completo la ciudad, el que á ella sube sorprende á veces varias escenas que pasan en el interior de las casas; gracias al descuido de sus moradores que se olvidan de esta circunstancia, y á algunas traidoras ventanas que permiten á la mirada del curioso investigar más de lo que él mismo se propone. Particularmente en las azoteas, ó como allí se llaman *terrados*, y en los espaciosos patios y jardines de las casas, se puede recoger una buena cosecha de observaciones, que á veces revelan secretos propios de la vida familiar.

Con efecto: en una parte se vé una delicada señorita entregada á duros quehaceres domésticos, en los cuales por nada del mundo, quisiera ser inspeccionada. En otra un respetable señor, tendido muellemente en su jardín, solazándose con sus tiernos hijos, y restaurándose con el benéfico calor de un sol de invierno. Aquí, en el escondido terrado, cercado de altos pretilles que cortan toda mirada con la ciudad, se suele ver alguna vez una monja, que en hora de descanso está entregada á labor de manos, ó la lectura de un libro piadoso. Allí dos ó tres grupos de vecinos y vecinas que de terrado á terrado departen amablemente acerca de la crónica de la ciudad.

Con tales antecedentes, y uniéndose la idea religiosa en algunas festividades, cierta parte de la clase mas modesta de la capital, y considerable número de gentes de la huerta circunvecina, tienen fijado entre sus diversiones el subir á la torre en la tarde del día del *Corpus*, como complemento necesario á la solemnidad de la fiesta. Es una especie de sociedad, que se reúne una vez al año, para la cual se convidan con anticipacion los que tradicionalmente hacen esta romería en pequeño.

Si quereis asistir á una de estas fiestas, venid conmigo.

Figuráos que estamos en un día de verano; de esos hermosos días, tibios y resplandecientes, que en pocos países hacen como en Murcia, donde el cielo, en vez de nubes, se cubre de arboles. Ha pasado mas de medio, y con él la solemne procesion del cuerpo de Nuestro Señor, en la cual se ha revestido la hija del Segura con todas sus galas más preciosas. Llega la hora de disponer el paseo; y mientras la mayoría se prepara á lucir todos los adornos del lujo y la riqueza, buen número de personas del pueblo, y sobre todo de la huerta, se dirige alegremente á subir á la torre.

Desde que se entra en ella se nota el rumor confuso y alegre de los que bajan y suben como un es-

peso hormiguero; rumor que resuena en aquellas angostas bóvedas hasta aturdir los oídos. De todos estos individuos, solamente los de edad avanzada suben con paso mesurado: la gente jóven, y dicho se está, los niños, saltan y brincan, y retozan, cansándose por consiguiente más de lo necesario.

Aunque los concurrentes están esparcidos en los diferentes pisos de la torre, el grupo mayor ocupa el de las campanas. Aquella parte ofrece un agradable espectáculo.

Una multitud contenta y charladora se recrea con verdadera y honesta franqueza en aquel ámbito poco espacioso. Forman los huertanos la mayoría. Las personas formales están sentadas, para desquitarse del cansancio de la subida, en cierta especie de repisas enclavadas en los ángulos de la torre. Los asientos de piedra, que hay á los lados de los balcones, están atestados por lo regular de muchachas, tanto de fuera como de dentro de la ciudad, pues para conversar con los mancebos que las acompañan, necesitan respirar el aire libre y ver el azul del cielo. Los chicos, formando juegos y bullendo de una parte á otra, solo conceden su atencion á las campanas, abrazados á las cuales quisieran ellos voltear.

Asido del cordel en que remata el badajo de cada una de éstas, suele haber un individuo, en cuyo semblante satisfecho se revela el orgullo del dominio. Efectivamente, el tocar las campanas en los repiques generales es un derecho que se trasmite por herencia en ciertas familias del pueblo. Así es, que en esta solemnidad, cada uno se ostenta como dueño en aquella parte de su imperio. Sin saberlo, tal vez se adivinaria: de tal modo espresan aquellas variadas fisonomías populares un sentimiento que dice: «Yo mando en esta campana.»

Acá hay una familia de humilde clase, la de un honrado albañil, que formando un grupo variado, se divierte aquellas horas como mejor puede. La madre, de cabellos canos, sostiene sobre la falda un abultado monton de nueces y almendras, al cual van acudiendo por turno las hijas de negros ojos, sus galanes apuestos que charlan á un extremo, y los traviesos niños que nunca se hartan de comer.

Allá, á un corro de garridas huertanas, emperrojadas con encajes y lentejuelas, se acercan dos ó tres mozalvetes de su clase, ofreciéndoles, en pañuelo de seda *cruda*, garbanzos *torrados* y avellanas *de las Iadias*. Las muchachas aceptan el obsequio, pagándolo con una sonrisa, y poniéndose coloradas como la amapola.

Alguno que otro vendedor, que ha subido hasta allí la tosca mesilla donde ofrece al apetito de los consumidores dulces secos, en que el almidon y el papel dorado entran por mucho, amenizan la reunion con sus alegres gritos y dicharachos para pregonar sus mercancías.

El indispensable *horchatero* va de una parte á otra, ponderando en larga retahila su agua de limon como la *nieve*; la cual beben en la torre los huertanos, llamándola en su pintoresco dialecto agua de *espejiquios*.

De vez en cuando, algun mancebo, echado de pechos á los balcones, y mirando distraido á la ciudad, canta á media voz, y en tono melancólico que él mismo no se explica, coplas como la siguiente:

«Cartagena me da pena,  
y Murcia me da dolor,  
Cartagena de mi vida!  
Murcia de mi corazon!»

Así, en esta reunion modesta, todo respira abandono y sencillez. En los semblantes se ve pintada la alegría. Todos se mueven, todos charlan. No parece sino que en tales momentos los circunstantes son verdaderamente felices. Si se aplica el oido se oyen poco más ó menos, conversaciones cortadas como estas:

- Madre, quiero más avellanas.
- Chico, mira no te caigas.
- Prenda, no sea Vd. tan desdeñosa.
- Qué hermoso iba el *carro* en la procesion.
- Con qué se casa la hija del tío Andrés?
- Vamos, muchachos, que se hace tarde.
- Pare me compará osté* unas campanas como estas?

En medio de semejante algaravía suele de repente sonar la de las horas, ó alguno de los toques de la variada ciencia del campanero; y aturdida la reunion al repentino estruendo, prorrumpe en un grito espontáneo, como si quisiera ensordecer el metal que á ella le ensordece.

Pero ya la tarde cae, y la sociedad se dispersa. Comienza la bajada. La bajada, en todas las situaciones del mundo, es por desgracia más fácil que la subida. Pronto los alegres circunstantes se encuentran á mitad de la torre. Allí, para darle su despedida, visitan por última vez el cuarto *del reloj*. Cubierta esta habitacion por una bóveda, tras de la cual hay un gran espacio vacío, su disposicion acústica es tal, que colocados dos interlocutores en sus extremos, con la boca contra el muro, se pueden hablar, sin que apenas lo comprendan los circunstantes. Este cuarto se llama tambien *del secreto*. En él, pues, mientras viejos y niños se distraen mirando la máquina del reloj, los jóvenes por lo regular se comunican varias frases que pueden traducirse:

—«Es Vd. muy guapa. La quiero á Vd. mucho.»

Mas ya suena en las alturas el toque de oraciones. Los últimos grupos se apresuran, y en breves instantes llegan corriendo á la puerta de la torre, donde el campanero los llama sonando las llaves. Momentos despues todo queda en silencio.

Nosotros hemos pasado en esta torre ratos muy agradables, fantaseando ante el espectáculo de los ricos panoramas que domina. El que más nos ha admirado desde ella es el aspecto del cielo encapotado en alguna tempestad, surcado repetidas veces por la luz siniestra del relámpago, y retumbando con el trueno. Otro hay tambien sublime cuanto triste: la huerta inundada en gran parte por algunas avenidas del Segura durante el invierno.

Lo que ahora nos parece sentir es el eco armónico de sus acordadas campanas. Él nos recuerda con tristeza el suelo que nos vió nacer.

ANTONIO ARNAO.

## LAS CATACUMBAS DE ROMA.

Las catacumbas de Roma son una ciudad subterránea, monumental, inmensa, llena de tiernísimos recuerdos: el peregrino, el sábio, el literato, el curioso, la visitan acaso con mayor interés y curiosidad que á Roma, reina un tiempo del mundo.

Las catacumbas comprenden un número tan considerable de calles, que su plano ofrece á primera vista el aspecto de un laberinto: el padre Marchi ha calculado que, colocadas todas en línea recta, constituirian una calle de trescientas leguas, con seis millones de tumbas, porque sabido es que, así como en vida de refugio, servian á los cristianos de asilo en la muerte.

Tienen sus plazas, sus iglesias, sus capillas y sus cementerios. Durante la época de las persecuciones, que duraron tres siglos, los cristianos se reunian en ellas para la celebracion de sus misterios; en ellas enterraban á sus muertos; en ellas reposan las cenizas de un gran número de mártires.

En algunos parajes se encuentran hasta siete ú ocho órdenes de galerías subterráneas, que se comunicaban por medio de espaciosas escaleras, que el tiempo ha destruido en parte: el soberano Pontífice, el clero y los fieles, se refugiaban en ellas cuando arreciaban las persecuciones.

Algunos fieles, despreciando el peligro, que era indudable, se aventuraban á abandonarlas de noche, y se dirijian á los circos para recojer con piadoso respeto los restos de los mártires, su sangre, sus vestidos y cuanto sus manos habian tocado, para dar sepultura á aquellos, y conservar estos como reliquias preciosas. Reunidos en tanto sus hermanos, unos oraban fervorosamente porque el cielo les favoreciese en su santa empresa, y otros cavaban en los muros de las catacumbas estrechas fosas en que colocar los cadáveres de las víctimas del paganismo, que se recibian con la solemnidad que prescribe la religion.

Las criptas ó iglesias de las catacumbas estaban constantemente alumbradas por lámparas, que tenían en su extremo superior un ave con las alas estendidas, símbolo de la redención: existen muchas de aquellas lámparas. Las procesiones, los funerales, y los trabajos de la Santa Metrópoli, se alumbraban con antorchas.

La sangre de los mártires se recogía en vasos de diversas formas, que se colocaban junto al cuerpo en que había circulado, como ha habido ocasion de verlo cuando se descubrió el cuerpo de Santa Filomena.

Algunos escritores nacionales y extranjeros han escrito con gran suma de datos la historia de las catacumbas, y el gobierno francés ha destinado hace algun tiempo una cuantiosa cantidad para la reproducción de las esculturas y de los monumentos de la Roma subterránea, tan apreciada de los sábios, de los artistas, de los indiferentes; en una palabra, de los cristianos.—(Arreglo.)

E. HERNANDEZ.

## VARIETADES.

### LA CAZA DEL COCODRILO.

Hoy, que tan vivamente llama la atención de una parte del público, el caiman, ó pequeño cocodrilo del Botánico, creemos que nuestras lectoras verán con gusto el siguiente artículo, tomado de una obra de Mr. Arago, titulada: *La caza de las bestias feroces*.

Sibarita anfibio, el cocodrilo disfruta á un tiempo de la frescura del agua y de la calma del aire, y donde quiera encuentra abundante alimento su voracidad.

El cocodrilo es generalmente invencible, ó cuando menos, ofrece su caza grave riesgo en la orilla de los rios ó en medio de los pantanos, que infesta y arranca al dominio del hombre; ¿qué hacen para combatirle menos arriesgadamente los moradores de las cabañas y de los pueblos edificadas en las cercanías de estos rios y pantanos? Se provén de un cuadrúpedo inofensivo, y atan á su cola una cuerda, cuya estremidad sujetan á un árbol, detrás del cual se ocultan. Al despuntar el dia el cocodrilo despierta, escudriña con mirada penetrante cuanto le rodea, distingue á su víctima, y se arrastra lentamente hácia ella, saboreando su triunfo. Los cazadores tiran de la cuerda, el cuadrúpedo, obedeciendo al impulso y al de su conservación, retrocede, el cocodrilo avanza hasta el tronco del árbol, donde puede ser atacado con éxito fuera del agua y de terreno húmedo, y una nube de piedras, de flechas y de lanzas, le envuelve, le sofoca

y le rinde. Qué valor por parte de los combatientes! Qué maravillosas evoluciones por parte de su adversario! Cien dardos le hieren á un tiempo; cien mazas caen sobre su escamosa cabeza; cien lanzas buscan sus ojos, que despiden rayos; pero el hierro de los dardos y de las lanzas se rompe contra sus escamas de roca, y un rápido movimiento burla los golpes de maza mejor acertados. Por un lado gritos de rabia, por otro aúllidos roncros y amenazadores, arrancados aquellos por la esperanza del triunfo y estos por el temor de la derrota. Por entre las junturas de las escamas del cocodrilo surge al cabo un torrente de sangre, se detiene, cae y cierra los ojos. Los vencedores, satisfechos, le cercan para gozarse en su agonía y repartirse sus restos: de improviso el cadáver se endereza, se arroja sobre uno de los cazadores, que grita y cae. En vano procuran los indios arrancarle su víctima: regresan de la caza dejando dos cuerpos sin vida sobre la arena. El cocodrilo no queria vencer, sino vengarse y morir. Y sin embargo, como es sabido, los animales voraces de América son infinitamente menos crueles y menos vigorosos que los de la India y de Africa. Su tamaño es menor, y menos constante y terrible la guerra que se les hace que en Angola, en las islas Molucas, en la Cafreria y en el Indostan.

Los negros del Senegal, que comen la carne del cocodrilo, le atacan en los pantanos, donde acostumbra á entregarse al sueño. Se arrojan sobre él, y cuando abre la boca para devorarlos, le introducen entre los dientes un hierro, que le impide cerrarla, y muere sofocado por la falta de aire y por el agua que traga.

Los egipcios se valen de otro ardid: cavan en la orilla de los rios profundas fosas, y las cubren con ramas y hojas de árboles; provocan al cocodrilo, le cercan y le persiguen hasta obligarle á que pase por el sitio en que han cavado la fosa, en la que al fin cae, y de la que no vuelve á salir sino fuertemente amarrado ó hecho pedazos.

Los salvajes de la Florida, en cuyas cabañas penetra el mónstruo cuando le acosa el hambre, se reúnen en crecido número y salen á su encuentro, provistos de un tronco de árbol que termina en punta: mientras unos se la introducen por la boca, otros se arrojan sobre él y le clavan sus puñales entre las junturas de las escamas.

En Madagascar abundan los cocodrilos, pero son inofensivos mientras encuentran alimento entre los rosales y los juncos que les sirven de guarida. Si un capitán de barco y un naturalista no manifiesta deseo de comprar á cambio de oro ó de telas uno de estos mónstruos, muerto ó vivo, el habitante de la isla, perezoso por naturaleza, no les inquieta, y parece que teme turbar su reposo.

La superstición de estos pueblos, indómitos hasta

el día, enemigos de toda civilización, entra por mucho en los motivos de su apatía. El cocodrilo es entre ellos en ciertas ocasiones el auxiliar obligado de la justicia de los hombres, y más exacto sería decir, que es el único que tiene el derecho de absolver ó de castigar.

Cuando se acusa á una mujer de un crimen, y sus jueces naturales no se dan por convencidos de su culpabilidad, la desventurada tiene que sufrir una prueba, que hace decisiva el capricho de un cocodrilo.

Hay en mitad del río, á corta distancia de su embocadura, una isla de juncos altos y espesos, plagada materialmente de cocodrilos colosales. La mujer á quien no se han atrevido á castigar las leyes del país, tiene, para probar su inocencia, que atravesar el río á nado, sentarse ante la muchedumbre que la contempla al pié de los primeros juncos, y regresar á las dos horas. Si los cocodrilos respetan á la viajera, es conducida en triunfo á su casa, y nadie, desde aquel momento, puede acusarla de un crimen de que los cocodrilos la han declarado inocente.

Debe darse crédito á los viajeros, que afirman, que si una mujer y muchos hombres se bañasen en un río en que hubiera cocodrilos, la mujer sería la primera víctima de su voracidad. Estas observaciones son tan difíciles de probar como de combatir; acaso provienen de antiguas tradiciones, acaso de la primitiva religión de aquellos pueblos.—(Arreglo.)

E. BLANCAS.

## LABORES.

Si son útiles siempre para la mujer las labores recreativas, si busca en ellas una distracción á las molestas faenas de su casa, si las abraza como recreo y enlaza con ellas la expresión de su cariño, ofreciéndolas después á una persona querida, en ninguna estación como en la presente, en ninguna como en esta, en que los días, como se dice vulgarmente, no tienen fin, en que el excesivo calor hace aun más pesadas las ocupaciones domésticas de la mujer, áridas por lo invariables, necesita labores que distraigan su espíritu y recreen su imaginación. ¿Qué señora laboriosa podrá pasar en la indolencia todo un eterno día de verano? Y cómo podrá con gusto entregarse á trabajos áridos, en una estación tan á propósito para hacerlos todos molestos? Hé aquí la oportunidad de las labores recreativas.

Las dos que acompañan á este número, son una arandela ó círculo para debajo de una lámpara, y medio cuello, formado por estrellas de crochet, de las cuales puede hacerse también una tira de las varas

que se necesite, para guarnecer una prenda cualquiera de lencería.

Para la primera de estas labores ejecútase el círculo sobre cañamazo, y como nuestro dibujo no da más que la cuarta parte, hay necesidad de repetirlo cuatro veces, lo que dará el círculo perfecto, calcando en el cañamazo todo el dibujo con un lápiz: después se borda todo el fondo con seda, color de Solferino, á punto cuadrado común, y se recortan de terciopelo negro todos los arabescos, que se aplican sobre el cañamazo por medio de goma arábiga disuelta en agua, dejándola espesita, y dándola con un pincel para que los dedos húmedos no toquen al terciopelo y lo chafen. Cuando esté bien seca la goma, se cose en todos los contornos del dibujo un cordoncillo de oro, y se arma sobre un cartón forrado por el revés de percalina, completándolo con un cordón al canto, de seda Solferino y oro.

Esplicado ya el primer modelo, pasemos ahora al *cuello de estrellas de crochet*.

Esta, como todas las labores de este punto, demuestra por el dibujo su ejecución, y apenas habrá una de nuestras lectoras que sea inteligente en *crochet*, á quien no parezcan inútiles los pocos detalles que vamos á dar.

Compónese el cuello de siete estrellas como las del modelo, y cada una lleva cuatro estrellitas sobrepuestas, ó más bien sujetas al tiempo de ajustar la estrella grande, para lo cual se hacen antes del modo siguiente:

Se ejecutan diez puntos de cadeneta, y se reúne el primero al último.

2.<sup>a</sup> *Vuelta*.—Siete ps. s., 1 doble en el círculo anterior, 7 ps. s., 1 doble en el círculo, 7 ps. s., 1 doble en el círculo, 7 ps. s., 1 doble; lo cual formará cuatro presillas al aire, que se dejarán bien promediadas en torno del círculo.

3.<sup>a</sup>—Cubrir de barras todas las presillas, haciendo un punto doble entre cada una.

Hechas de este modo cuatro estrellas pequeñas, se principia la grande por cinco puntos, que se cierran en círculo, haciendo sobre este círculo otro completo de barras, que se harán muy juntas del pié para que queden con bastante extensión de arriba. Estas son las vueltas primera y segunda.

3.<sup>a</sup>—Nueve ps. s., \*1 bar., dejando una por medio de la vuelta anterior, 5 ps. s. \* y se repite de señal á señal. En esta vuelta se fijan ya las estrellas en los sitios marcados, pasando la aguja de crochet por el revés de ellas para que parezcan sobrepuestas, y lo mismo en las vueltas siguientes, en que se continúa el mismo orden de puntos que en la vuelta tercera, sin más que hacer las barras encontradas y aumentar más puntos para que la estrella vaya teniendo más diámetro. Se van, pues, sujetando las estrellas por el revés en todas las vueltas, teniendo cuida-

do de no cegar ninguno de sus calados, sino llevando la hebra mas alta ó mas baja, buscando los puntos mas tupidos. Como verán nuestras lectoras, despues de las estrellas chicas solo hay otra vuelta de calado igual, y la del feston, que se hace con presillas todo alrededor, llenando despues de barras todas estas presillas.

Para armar el cuello, ó bien una tira del largo que se quiera, no hay mas que unir las estrellas, una al lado de otra, con una puntada, hacer una cadeneta del largo que ellas den unidas, y hacer de cada lado de la estrella nueve puntos sencillos, que se rematan en la cadeneta y sujetan la estrella por ambos lados.

Hé aquí esplicadas las dos labores que muestra nuestro grabado, y pueden competir por su gusto y utilidad con las mas lindas de las que acostumbramos á dar á nuestras lectoras.

JOAQUINA GARCIA BALMASEDA.

## MODAS.

Los trajes para niño tienen destinado un lugar en nuestras revistas á la entrada de cada estacion, ó siempre que ofrezcan algo interesante para nuestras suscriptoras.

En los pueblos de las inmediaciones de Madrid, y en todos aquellos en que se reunen familias acomodadas, que van á buscar á los campos el aire libre de que se carece en las grandes poblaciones, y que tan necesario es al desarrollo de los niños, se disponen, esclusivamente para estos, alegres convites en los que no hay para qué decir cuánto gozan las mamás y cómo se esmeran en engalanar á sus pequeñuelos.

Es delicioso para las niñas un vestidito de muselina bordada, con viso de tafetan azul ó rosa: el bordado principia encima de un jareton de diez centímetros. El cinturón va anudado atrás.

Otro vestido de muselina, de fondo moteado, va adornado de una cinta azul ancha, puesta encima de un jareton de quince centímetros: esta cinta va cosida solo en la parte superior. El cuerpo lleva berta.

Otros son de muselina lisa, con volantes encañonados, que llevan por cabeza un rizado de cinta azul ó rosa.

Todos estos vestidos van acompañados de rotondas de la misma tela, con su guarnecido correspondiente.

Los sombreros son de paja de Italia, con flores ó plumas, y el pelo va recogido en ligeras y elegantes redecillas.

Los trajes para los niños son mas sencillos: se componen ordinariamente de zuava y pantalon ancho de

franela inglesa, color gris, bordados de trencilla negra, ó solo galoneados. Los sombreros de marinero son los mas á propósito.

### Explicacion del FIGURIN, núm. 678.

FIG. 1.<sup>a</sup> TRAJE DE BAILE.—*Vestido* de tarlatana color de rosa. El cuerpo es escotado y va guarnecido de una drapería de la misma tarlatana, cuyos pliegues vienen á reunirse en dos puntas, que se cruzan y bajan por los lados hasta quedar sujetas debajo del cinturón de seda, del cual pasan un poco. Un lazo de cinta de seda del color del vestido cubre el cruzado de la drapería. La manga se reduce á un bullon pequeño. La falda va adornada de rosetas ó lazos correspondientes al del pecho, de los que nacen rizados de grós color de rosa, que se cruzan y bajan al biés hasta por debajo del vestido. Un bullonado de tarlatana va fruncido en los intervalos de estos rizados, y dobla hácia adentro por el bajo de la falda.

*Prendido Lamballe.* El pelo va dispuesto por delante en mechales que se rizan y levantan sobre la frente, mezcladas en ellas flores de volubiles: á los lados se riza muy ligeramente en cocas inglesas, y otras dos sobrepuestas forman el lazo de atrás, al cual las mismas flores sirven graciosamente de tapa-moño.

Este traje es muy lindo y á propósito para las reuniones de noche en los establecimientos de baños.

FIG. 2.<sup>a</sup> TRAJE DE PASEO.—*Vestido* de alpaca, blanca ó cruda. El cuerpo es alto y abotonado por delante con botones de seda verde, formando en el talle punta abierta como la de un chaleco. La falda lleva en el bajo un adorno compuesto de dos tiras de grós verde, rectas por abajo y en ondas por arriba, unidas entre sí por tiras del mismo grós: las ondas van perfiladas por una cinta de pasamaneria blanca. Igual adorno se repite en el pecho y mangas.

*Sombrero Medicis*, de crespon blanco guarnecido de grós blanco y verde, y de blondas negras y blancas. El ala avanza mucho y queda bastante levantada; su orilla va adornada de un biés de grós verde, guarnecido de una blondita blanca: sobre ella se coloca un doble lazo de grós blanco y verde. El bavolet es de crespon y va guarnecido de grós verde. Las bridas son la una de cinta de seda blanca y la otra verde. En el interior del ala el bandó se compone de un rizado doble de blonda negra, y á los lados el rostrillo es de blonda blanca con puntilla negra en las orillas.

AURORA PEREZ MIRON.

Por lo no firmado: El Director  
Y EDITOR PROPIETARIO—P. J. de la Peña.



*Bordier*  
*Lamoureux Imp. r. Louvoise, 38. Paris.*

*Jules Davou*

678

LE MONITEUR DE LA MODE

Paris, Rue de Richelieu 92.

*Coilettes de R. Lhopiteau. Robes de Pauline Couter, r. Vivienne, 41.*

*Modes d'Alexandrine, r. d'Antin, 14. — Fleurs de Tilman, r. Richelieu, 104. — Corsets de M<sup>me</sup> Simon, r. S<sup>t</sup> Bonori, 183.*

*Rubans et Passementerie A la Ville de Lyon. Ch. d'Antin, 6.*

*Parfums de Violet fournis de S. M. l'Impératrice, r. S<sup>t</sup> Denis, 317. | Envoi de la M<sup>me</sup> de Commission Lassalle et C<sup>ie</sup>, r. L. le Grand, 37.*

Entered at Stationer's Hall.

LONDON S. O. Beeton Publisher of the Englishwoman's Domestic Magazine, 248, Strand, W.C.

MADRID P. J. de la Pena

M.E.C.D. 2017

# THE UNIVERSITY OF THE STATE OF NEW YORK

## OFFICE OF THE STATE EDUCATION OFFICER

STATE EDUCATION OFFICER